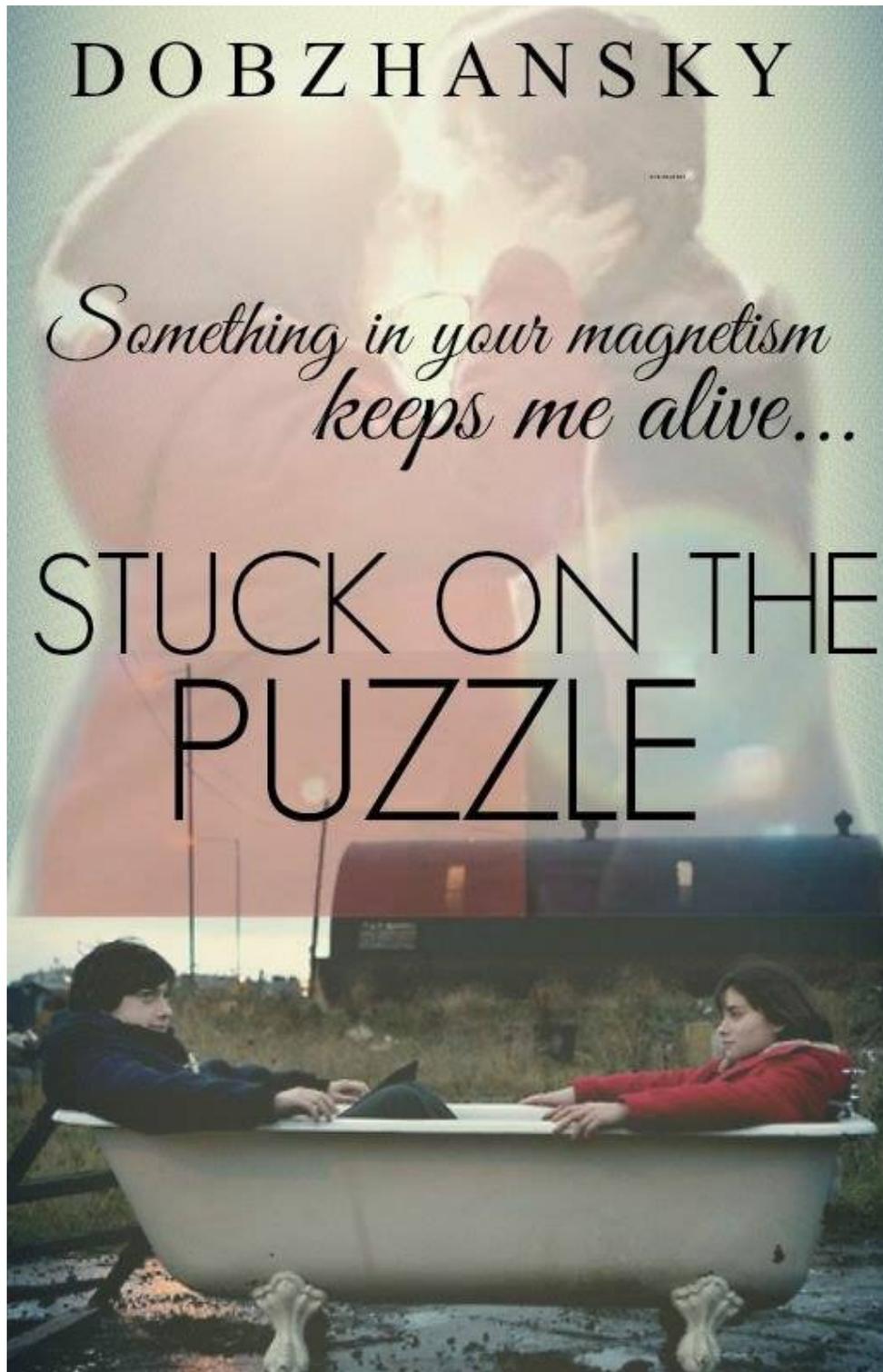


Stuck on the puzzle

Ana Gonzalez



Capítulo 1

Febrero 17 de 1996

No parecía tonto, más bien distraído.

En la escuela mantenía sus ojos fijos en mí, como esperando a que volteara para encontrarme accidentalmente con su mirada y su chueca sonrisa. Solo a veces lograba ponerme nerviosa, sin embargo supongo que no era el nerviosismo que él esperaba, diría yo que la forma correcta de llamarle a eso que sentía era miedo, porque nadie, nunca, se había atrevido a mirarme de esa forma tan constante, con los labios entumecidos y las mejillas pálidas.

Su forma de estar trastornado me causaba gracia y cierto grado de ternura. No era como los otros chicos; sus mejillas no atraían sangre, sus labios no palidecían y sus palabras era normales, o bien eso es lo que creo, porque jamás me había dirigido la palabra y cuando le hacían una pregunta fingía tener un fuerte dolor de cabeza aprovechando que su madre era la enfermera de la escuela y tenía una excusa médica por migrañas insoportables desde que era un niño.

Yo procuraba acomodarme a unas cuantas sillas diagonal a él, para así poder estar segura de si me miraba o si sus ojos me habían conseguido un entretenido reemplazo. No tenía idea de qué veía en mí, estaba segura de que no cargaba con una cara de payaso o de algún extraño extraterrestre y pensar que me miraba por ser excesivamente linda estaba prohibido, al menos en mi cabeza. No era el tipo de chica que buscaba aprobación o que le gustaba ser adorada por todos. Sin embargo me gustaba que Noah me considerara una divinidad.

No sabía casi nada de él, salvo que su apellido era Bécquer y que su casa estaba junto a la mía. De todas formas nuestra cercanía nos mantenía un poco lejos. Las casas en Bristol eran todas juntas y con un pequeño jardín conectado con el de las dos casas que lo rodearan. Nuestra calle era húmeda y tranquila y rara vez veíamos un auto pasearse por ahí. Noah me espiaba desde la ventana de su habitación cada mañana cuando salía con una regadera y botas de goma a regar las plantas. A veces abría su persiana completamente, la mayoría de días solo alcanzaba a notar sus grandes ojos cafés vigilando mis movimientos.

Me gustaba entreverlo y mantenerlo atento, me gustaba ser espiada, me gustaba Noah Bécquer.

[...]

Febrero 17 de 1996

Era la criatura más hermosa y excéntrica que había creado Dios.

Tenía las esperanzas de que Molly me estuviese viendo con algo de interés en sus ojos, si llegaba a pensar que en realidad le gustaba estaba completamente loco, desquiciado. Molly sabía que yo le prestaba más atención a ella que a mis propios pensamientos. Nuestras miradas se habían encontrado innumerables veces en las que yo ya la miraba desde hacía mucho rato y me ponía tan nervioso que mis ojos no me respondían y se quedaban fijos en ella. Era como un magnetismo, quizá nuestras miradas sí estaban enamoradas lo cual mantenía a Molly al margen.

Una vez iba camino a la parada de autobús, ella estaba de pie al lado de una banca completamente vacía, sostenía un cigarrillo apagado en su mano derecha y miraba hacia sus botas de invierno, el abrigo rojo sangre le sentaba bien, hacía que su piel pálida y sus ojos azul chillón llamaran la atención de muchas personas que lograban incomodarla, incluyéndome. Desde ese día dejó de utilizar el rojo de cualquier tono, Molly tenía el poder de notar las impresiones u opiniones de las demás personas respecto a ella, lo raro siempre fue que nunca notó cuánto amaba todo lo que estuviera con ella.

El 10 de febrero se acercó a mí y me preguntó qué día era, recuerdo que me temblaron las piernas y que escondí más mi cabeza en el libro que nos habían asignado de literatura para esa fecha. Ella se había quedado perpleja esperando mi respuesta y luego me había puesto la mano en el hombro cubierto por mi habitual abrigo de lana negro preguntándome si estaba bien. Yo había asentido sin decir una sola palabra, ella de inmediato se había encogido de hombros mientras se alejaba medio danzando. Me arrepentía tanto por no haberle dicho que era el diez de febrero.

Yo me había tomado la tarea de conocerla un poco y lo había medio logrado sin cruzar una sola palabra entre nosotros. Sabía que sus seis cosas preferidas en el mundo eran los animales, las clases de inglés, la banda Little Joy, los tatuajes (aunque no se había hecho ninguno), las fotografías y los lugares abandonados repletos de enredaderas con florecillas silvestres. Me había enterado que odiaba mi abrigo de lana porque era de lana y ella había dejado de comer carne desde que cumplió los cinco años. Su mejor amiga era Hazel Pfeffer, jamás había tomado Coca-Cola y nadie conocía su verdadero apellido, lo cambiaba cada dos por tres.

Molly Moolhuijzen (que era su apellido actual) era mi pequeña deidad.